

timidez, malogra a veces con alusiones de mal gusto. Sin embargo, ha logrado en su obra lo más importante: su cimiento. Otros disimularían su carencia con sutiles bordaduras de frases y nos parecen bien escritos, ingeniosos, pero falsos. Guerrero ve con claridad lo que, primordialmente, debe ser claro, y su trama, su conflicto psicológico, los mantiene y resuelve desde la primera hasta la última línea del relato. Existen allí aciertos innegables, que, escritos con mayor seguridad y nitidez, podrían considerarse entre los mejores del campo chileno. Valgan de ejemplo la rebelión de los hijos: La «chey» de don Lucho; El fantasma; Útiles de labranza; Arrastrando el poncho, el mejor de todos, a pesar de la pueril disquisición con que finaliza. Fluye de todos ellos un interés joven, curioso y atenta por el hombre y la vastedad múltiple de sus problemas psíquicos, que ubica al autor en el comienzo difícil de un camino muy amplio. A él se sumará después el paisaje en su exacta valorización, complemento indispensable del conflicto de los héroes, por donde Guerrero se ha puesto a atisbar con inteligencia y entusiasmo.—LUIS MERINO REYES.

■

<https://doi.org/10.29393/At196-13CHEV10013>

COSAS DE CHILE. ANÉCDOTAS Y TRADICIONES, por *Enrique Vergara Robles*.—Imp. Instituto Geográfico Militar. Santiago, 1941

Don Enrique Vergara Robles, hombre culto y fino, que siente especial predilección por las cosas del espíritu, después de su novela «Miserias de Arriba», publica ahora este libro titulado «Cosas de Chile», en el cual ha reunido una serie de anécdotas y tradiciones chilenas, que están contadas con gracia y livianura, sin insistir jamás en detalles aburridores u ociosos, que las harían perder esa calidad de píldoras para el buen humor.

Para los chilenos, para los que conocemos algo de la historia social y política de nuestro país, estas anécdotas recogidas con gran tino y seleccionadas con buen gusto, tienen un gran valor documental. La historia jamás ha desdeñado anotar algunos de los rasgos humanos que caracterizan a los prohombres que desfilan por sus páginas, pues ellos ayudan a definir una personalidad, o bien dan la idea de las peculiaridades de una raza. Porque el humor, el ingenio, mezcla de ironía, de gracia y malicia, tienen distintas maneras de expresarse, que varían de un pueblo a otro, de acuerdo con el carácter que les ha moldeado el clima y las circunstancias especiales que rodean su vida diaria.

En Chile hay una cantidad de personajes que se han hecho famosos por la gracia aguda e intencionada de sus frases, que en un momento especial de su vida, revelaban mejor que una larga biografía lo más singular de su personalidad. Portales fué famoso por sus exabruptos que junto con ser procaces tenían, no obstante, una certera intuición para pegar «en el hueso de la taba», como se dice en esta tierra, o sea en lo sensible. Esos dichos—la mayor parte de ellos muy ingeniosos—son tal vez lo que mejor ha dado la sensación de Portales, firme de carácter, aunque con ciertos resabios de hidalgo presuntuoso. Aquella frase suya: «No cambiaría la Presidencia (de la República) por una zamacueca», da la idea del concepto que él tenía de su propia personalidad.

Don Federico Errázuriz Echaurren es otro personaje de la historia chilena de quien se cuentan cientos de anécdotas, que denotaban en él una curiosa mezcla de socarronería, (macuquería huasuna) y de finura punzante. Las anécdotas sobre don Ramón Barros Luco, son de una gracia única. Tal vez ellas tienen un poco de irreverencia para don Ramón, hombre de gran equilibrio y de prodigiosa inteligencia para resolver los más difíciles problemas. Mucho se exagera su bonhomía y aquel «dejar hacer, dejar pasar» que se le achaca. Pero quien bate un

verdadero récord en materia de anécdotas es don Arturo Alessandri, y ello es muy natural si se toma en cuenta el vivo ingenio del personaje, y la serie de tumultuosas incidencias de su triunfal carrera política. Sin embargo, son muy pocas las que han incluido de él en este libro.

Don Enrique Vergara ha recogido una gran cantidad de anécdotas que circulan en Chile. Pero creemos que sólo comienza su tarea. Tarea que dentro de su aparente simplicidad es difícil y no exenta de peligros, en el sentido de la veracidad del documento verbal que se recoge para darle en esta forma un carácter de permanencia, que sin duda prestará grandes servicios a la historiografía del futuro y a la biografía novelada. En cada una de estas pildoritas de buen humor chileno, está en potencia el germen de una narración que puede adquirir una alta importancia.

El señor Vergara merece ser estimulado en esta obra que ha emprendido. Debe seguirla. Hay en este país una serie de hombres conocedores de las incidencias más sabrosas, que se quedaron fuera de la historia. Esos hombres no las escribirán jamás. Y si don Enrique Vergara se toma un mayor interés en su trabajo, estamos seguros que el próximo libro, en este género, será todavía más interesante. Contendrá una buena parte de lo que es el alma chilena. La sal de esta tierra.

Esperamos que proseguirá la tarea que ha iniciado con tanto tino y acierto.—LUIS DURAND.



PEREGRINAJE DE UN UNIVERSITARIO, por don *Enrique Molina*.—
Editorial Nascimento, 1941

Leer este libro de don Enrique Molina es conversar con él. Tan natural es su expresión, tan ágil su espíritu, tan sin gravedad sus reflexiones, que de pronto experimentamos la sensa-